

mero de estos sentidos que por el segundo. Si encuentra una pista, sabe de qué animal procede y la sigue sin desviarse, aunque pase cerca de él otra presa.

El olor de la carne muerta atrae al lobo desde mas de una legua, y olfatea tambien los animales vivos á gran distancia. Al salir del bosque no deja nunca de tomar el viento; detiénese en el lindero, husmea por todas partes, y percibe así las emanaciones de los cuerpos, muertos ó vivos, que le lleva el aire desde léjos.

En todas las circunstancias se revela su cobardía, su astucia y la finura de sus sentidos. Como animal prudente, siempre está en guardia, y no compromete jamás su vida ó su libertad, ni se detiene tampoco en ninguna parte, si no se cree perfectamente seguro. Evita en lo posible hacer ruido cuando anda: en cada trozo de cuerda, en cada abertura, en cada objeto desconocido, parécete ver un lazo, una trampa, un obstáculo; jamás penetrará en un patio por la puerta si puede franquear de un salto la pared.

Tan solo en casos apurados vese al lobo atacar á animales que están atados; pues sospecha que son un cebo preparado para cogerle. Cuando cogido en algun establo se apercibe de que tiene cerrada la salida, acurrúcase entonces cobardemente en un rincón de aquel, y sin molestar lo mas mínimo á las ovejas, espera lleno de miedo lo que le deparará la suerte. Del mismo modo se conduce cuando, por ejemplo, ha caído en una trampa donde le espera el fin de sus atrevidas cacerías; entonces no piensa ya, ni en rapiñas, ni en matanzas; arbitrando tan solo medios con que salvar su vida amenazada. El viejo Gessner refirió lo contado por Justino Gebler en los siguientes términos: «Sucedió que mi padre, el cual tenia extraordinaria afición á la caza, habia abierto algunas zanjias para coger varios animales que venian frecuentemente á su granja; y en una sola noche cayeron en ella tres de aquellos muy diferentes el uno del otro y casi enemigos, á saber: una vieja que iba al huerto por legumbres, coles y zanahorias, una zorra y un lobo. Cada uno ocupaba en el interior de la zanja el mismo puesto en donde habia caído, y estuvieron muy quietecitos toda la noche, temerosos sin duda de que el uno se echara sobre el otro. Cuando á la mañana siguiente fué mi padre á registrar las zanjias, vió á los singulares prisioneros; reanimó á la asustada anciana; mató al lobo y á la zorra; sacó á la pobre mujer del fondo de la hoya, quedando grandemente admirado de que aquellos tres seres no se hubieran hecho daño alguno.»

Otra historia que me contaron en Croacia, me trajo á la memoria esta de los tiempos antiguos. El aldeano Fundec encontró durante el verano en la aldea de Gratschetz con grande asombro un lobo echado en el fondo de una zanja, que él mismo habia abierto durante el invierno. Como que iba desarmado, trató de matar al lobo con un palo que llevaba; pero habiendo perdido el equilibrio, cayó en la zanja; y antes de que se hubiera levantado, el lobo aprovechó aquella ocasion favorable para saltar por encima de él y escaparse, mientras el aldeano apenas pudo salir del fondo de la hoya con el auxilio de su palo.

Ya hemos visto que no sucede esto cuando el hambre le acosa: astucia y prudencia desaparecen entonces, y el lobo da pruebas de valor; es temerario, nada le impone, nada le espanta.

Para los lobos viejos comienza el período del celo á últimos de diciembre y termina á mediados de enero, y para los jóvenes se extiende desde fines de este mes hasta el 15 de febrero, poco mas ó menos. Los machos, cuyo número parece ser mayor que el de las hembras, empeñan entonces furiosas luchas para disputarse su posesion: asegurándose que el vencido sirve de pasto á su afortunado rival; pero

este hecho está muy léjos de haberse probado suficientemente. Lo cierto es que se establecen uniones temporales aislándose el macho con la hembra, y auxiliándola mientras cria á sus pequeños.

La loba está preñada trece ó catorce semanas, y en cada parto da desde tres hasta nueve cachorros, pero mas comunmente de cuatro á seis. Cuando llega el momento de darlos á luz, busca un lecho de musgo en un espeso bosque, ó se introduce en un agujero abierto por ella misma en la ladera de un barranco, entre las raíces de un árbol ó en una madriguera abandonada de zorro ó de tejón, la cual ensancha de antemano. Los lobatos nacen con los ojos cerrados y no los abren hasta los ocho ó diez dias.

La hembra amamanta á sus hijuelos por espacio de cinco ó seis semanas; mientras no pueden correr, los oculta cuidadosamente á la vista de los otros lobos. Si la loba teme algun peligro, traslada á sus hijuelos á otro lugar como hace la perra con sus cachorros; los ama y cuida con la mayor ternura, y los defiende contra los ataques de otros lobos. Cuando comienzan á comer les da carne mascada, y luego les lleva animalajos que despedaza á su vista para enseñarles el procedimiento.

Kade me escribe «que el lobo no caza nunca en las intermediaciones de sus madrigueras, por lo que no es de extrañar que corzos y lobeznos se crien juntos y sin hacerse el menor daño. En casi todas las cazas de lobos he visto matar en un mismo sitio á corzos y lobeznos, lo cual prueba que los primeros viven en compañía de los segundos; pues de lo contrario, escaparían en el momento de oír los aullidos de estos.» Muchas veces se ve á la hembra llevarse ocultamente á sus hijuelos, de los cuales cuida tambien el macho; por lo que parece dudoso lo que generalmente se dice, á saber, que este devore á aquellos en cualquier parte que los encuentre. A este propósito dice el mismo Kade: «Prescindiendo de que seria totalmente imposible á la loba ocultar sus cachorros al olfato del viejo lobo y librarlos de sus dientes, nos atrevemos á preguntar: ¿por qué ningun lobo se come el cadáver de otro que ha sido matado por un cazador? Cuando jóven, he oído muchas veces el aullido espantoso y lastimero de los viejos lobos cerca de los cadáveres de sus hijuelos; así que repruebo la conducta de los cazadores.» Otros relatos están en contradiccion con lo que dice Kade, y se asegura que despues de la muerte de su madre desaparecieron unos lobeznos probablemente devorados por otros animales de la misma especie. Si los lobos jóvenes no se ven molestados por otros viejos en su madriguera, débese mas bien á la solicitud de la madre que al amor del padre. Kade opina que realmente el lobo ayuda á la hembra á cuidar de los lobatos; pero no despliega en ello el mayor celo é interés; por lo que no me atrevo á afirmar nada en absoluto sobre el particular. Lo que sí se sabe de cierto, es que cuando los lobeznos pasan á ser lobatos, lo cual tiene lugar al cabo de un año de nacidos, los padres se encargan de ellos; les enseñan á aullar debidamente; les instruyen y guian en el peligro, gimiendo del modo mas lastimero en el caso de perderlos. Los lobeznos crecen hasta el tercer año, y llegados á esta edad, pueden aparearse con la hembra y ser aptos para procrear. Los lobos viven hasta los doce ó quince años; pero muchos mueren de hambre, y otros de las enfermedades de que son atacados los perros.

CRUZAMIENTO DEL PERRO Y DEL LOBO.—Está ya fuera de duda que de la union del lobo con la perra ó del perro con la loba resultan bastardos, que son fecundos y pueden á su vez reproducirse durante varias generaciones. Estos bastardos no son siempre medio lobo y medio perro, y ni aun los mismos mellizos se parecen entre sí; unos tienen

mucho del lobo y otros del perro. A pesar de que estos dos animales se profesan grande aversion, sin embargo, se aparean libremente y sin la menor intervencion por parte del hombre: así en un bosque de las aldeas de Galitzia se vió á un lobo hacer caricias á una perra, y á veces los perros acarician tambien á los lobos. La semejanza que tienen los perros con los lobos en muchos lugares de Hungría, Transilvania, Rusia y Siberia, se atribuye por los sabios que siguen las teorías de Darwin, á tales cruzamientos.

DOMESTICIDAD.—Los lobatos cogidos en su guarida se domestican perfectamente y se encariñan con su amo si se les trata bien.

Federico Cuvier habla de un lobo que, «dotado sin duda de muy buena índole, y criado como un perrito, se familiarizó con todas las personas que acostumbraba ver. Seguía por todas partes á su amo, manifestando sentimiento durante su ausencia; obedecía á su voz con la mayor sumision, por todas cuyas cualidades no difería en nada del perro doméstico mejor enseñado. No obstante, como quiera que su amo se viese en la precision de trasladarse á otro punto, regaló el lobo para la coleccion del rey: encerrado en una jaula, aquel animal estuvo varias semanas triste, y sin comer apenas; pero restablecióse al fin; se encariñó con sus guardianes, y parecia haber olvidado sus pasadas afecciones, cuando á los diez y ocho meses volvió su amo. A la primera palabra que pronunció, el lobo, que no le veía entre la multitud, conocióle al punto, manifestando su alegría con sus saltos y aullidos; puso en libertad y al momento comenzó á prodigarle caricias como hubiera podido hacerlo el perro mas fiel despues de una ausencia de varios dias.

»Por desgracia fué necesaria una segunda separacion; el lobo quedó otra vez sumido en una profunda tristeza, que como antes, desapareció con el tiempo; y así pasó otros tres años nuestro lobo viviendo muy feliz con un perro que le habian dado por amigo. Despues de este espacio de tiempo, que habria bastado seguramente para que el perro de la raza mas fiel olvidase á su amo, llegó el dueño del lobo: era de noche; todo estaba cerrado; los ojos del animal no podian servirle de nada; pero aun recordaba la voz de aquella persona querida; oírla y reconocerla fué instantáneo y á ella contestó al momento con gruñidos de impaciencia. Tan pronto como desapareció el obstáculo que separaba al hombre del animal, precipítase este al encuentro de su amigo, le pone las patas delanteras sobre la espalda, le lame el rostro, y enseña los dientes á los guardianes que se acercan, aunque momentos antes les habia dado pruebas de afecto. A esta intensa alegría debia suceder una pena profunda: fué necesario separarse por tercera vez. Desde aquel instante penoso, el lobo quedó triste é inmóvil; rehusó todo alimento y enflaqueció; erizóse su pelaje, como el de todos los animales enfermos; al cabo de ocho dias estaba desconocido y durante mucho tiempo se temió que muriera. Por fortuna se ha restablecido; ha recobrado su robustez y el brillo de su pelo; sus guardianes pueden acercarse sin temor á él; mas no tolera las caricias de ninguna otra persona, y solo contesta con amenazas á los que no conoce.»

Cierta cazadora, llamada Catalina Bedoire, refiere el hecho siguiente: «En 1837 compró mi esposo en Gysinge tres lobos pequeños que apenas veían, y habiendo manifestado yo deseos de conservarlos algun tiempo, se les colocó en un pabellón del jardín. Dábales de comer y los limpiaba todos los dias, y al llamarles desde el patio, venían hácia mí corriendo y dando saltos de contento. Al cabo de un mes regalamos uno á M. Von Uhr; y otro á Mr. Tore Petree, quedándonos con el tercero, que una vez solo, comenzó á vivir en buena inteligencia con la gente de la granja, si bien parecia profesar

mas afecto á mi esposo que á mí. Acompañábanos cuando salíamos; se echaba junto á nosotros por la noche; pero no toleraba que se acercase ninguno á menos de veinte pasos, pues gruñia y enseñaba los dientes. Si entonces le calmaba yo, lamíame las manos, pero sin apartar la vista de la persona en quien la fijaba. Corria por todas las habitaciones y la cocina, como si fuese un perro; era dócil con los niños y les hacia caricias ó jugaba con ellos. Esto duró hasta que el lobo tuvo cinco meses; era ya grande y fuerte, y temiendo entonces mi esposo que mordiese á los hijos y que la vista y el olor de la sangre despertasen su natural ferocidad, resolvió tenerle atado con una cadena; pero yo le llevaba con frecuencia á paseo. Nuestros perros se acostumbraron á comer con él en la misma cazuela, pero si se acercaba algun extraño á participar de su pitanza, encolerizábase en extremo. Cada vez que me veía comenzaba á saltar; al acercarme á su covacha me ponía las patas sobre la espalda, lamíendome el rostro, y cuando me iba aullaba de tristeza. Conservamos aquel lobo un año, pero era tan molesto por la noche, que mi esposo le mandó matar.

»El lobo regalado á M. Von Uhr habitaba en la misma covacha con uno de los perros de caza de su amo; los dos animales dormían juntos y compartían el alimento que se les daba.»

He referido estas anécdotas con todos sus pormenores porque las tengo por muy verdaderas, dado que he podido comprobar su verdad con lo que observé en unos lobos de los cuales cuidé yo mismo durante algun tiempo. Hay un lobo en el jardín zoológico de Breslau que es manso como un perro; saluda á mi colega Schlegel luego que le ve; lámele las manos que este le alarga sin vacilar al través de los barrotes de la jaula, comportándose de igual modo con otros conocidos; sin embargo, su compañero de jaula se conduce de muy diferente modo: alarga la cola, si se lo piden, á través de la reja de aquella; pero se enoja y gruñe no bien se la tocan, y produce con los dientes un ruidoso castañeteo, el cual no se parece, sin embargo, ni con mucho á la detonacion de una tercerola, como intenta Marius hacer creer á los lectores cándidos. La cólera de este lobo es, por otra parte, no mas que apariencia; así es que si Schlegel se finge enojado por su poco cortés comportamiento y acaricia al compañero sin cuidarse de él, se arroja entonces enfurecido sobre el último y alarga con verdadera tenacidad la cola al través de los barrotes de la jaula; pues desea ser atendido y no verse en manera alguna menospreciado. En verdad el lobo puede llegar á ser completamente manso y reducirse perfectamente al estado de domesticidad: quien sepa tratarlo del modo debido, puede hacer de él un animal parecido al perro doméstico; pero ya se comprenderá que un animal que ha vivido largo tiempo en estado salvaje, conviene se le trate de un modo enteramente distinto de como ha de tratarse á otro, compañero y esclavo del hombre desde los mas remotos tiempos.

CAZAS.—En la antigüedad se habia convertido la caza del lobo en una verdadera guerra de exterminio.

Segun las Capitulares de Carlo-Magno, todos estaban autorizados para matar osos y lobos; y en la ley se sentaba este principio: «Nadie estará en paz con los osos y los lobos.» El propietario de cualquiera de estos animales, de un ciervo ó de un perro de mala índole, era responsable de los daños causados por uno de estos seres, y así lo prevenia la ley terminantemente.

Todos los medios, no obstante, son buenos para destruir á estos voraces carnívoros, y así se emplean las escopetas, como los lazos, el veneno, y las trampas de toda especie.

En nuestros dias se les envenena principalmente con la

nuez vómica, ó con su principio activo, que es la estrignina, utilizándose este medio en invierno, que es cuando el hambre les agujonea. Al efecto se coge un carnero muerto y desollado, y sobre su carne se desparraman algunas pequeñas dosis de veneno; se vuelve á cubrir con la piel, y se deja en el paraje por donde puedan pasar los lobos. La acción del veneno es terrible; ninguno de estos carniceros llega á satisfacer su apetito, porque despues de algunos bocados expia su voracidad. Cuando siente los primeros síntomas del envenenamiento deja de comer y quiere huir; pero sus miembros no le prestan ya el apoyo suficiente y cae en tierra en medio de espantosas convulsiones; su cabeza se inclina hácia atrás, ábrense completamente sus fáuces y espira. Este medio de exterminio es el mas eficaz, pues el lobo se precipita ciegamente, y sin la menor desconfianza, sobre la carne preparada de este modo.

Las zanjias producen tambien muy buenos resultados: tie-

nen unos tres metros de profundidad por dos y medio de anchura y se cubren con ramas menudas y flexibles, musgo y yerbas. En el centro de esta especie de puente se ata el cadáver de un animal, y se rodea el todo con una cerca de un metro de elevacion, poco mas ó menos, á fin de que el lobo no vea el lazo ni pueda luego alcanzar al hombre. Para coger su presa salta el animal por encima de la valla, se hunde con el ramaje y cae al fondo de la zanja.

Cuando el lobo se encuentra cogido en una trampa, se asusta de tal modo y le dura el temor tanto tiempo, que se le puede matar sin que se defienda, ó cogerle vivo sin resistencia, pudiendo despues encadenarle, ponerle un bozal y conducirlo por donde se quiera, sin que se atreva á manifestar la menor señal de cólera ni aun de descontento.

En el condado de Tirone se emplean casi siempre las zanjias. «Desde luego acuden, dice Kade, cuervos y cornejas al lugar donde está el cebo; tras ellos sigue el lobo, el cual es

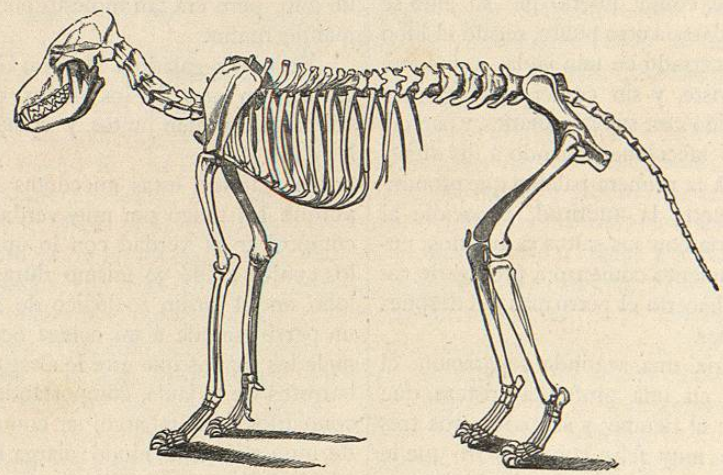


Fig. 170.—ESQUELETO DEL LOBO

bastante prudente para no correr hácia él al instante y perecer; se agacha al borde de la zanja; escarba la tapa de la misma con sus patas; poco á poco se van avivando en él las ganas de probarlo, hasta que por último se atreve á dar el salto fatal y cae en el fondo de la hoya. Unos cazadores dignos de todo crédito aseguran que los lobos se muestran muy sagaces y prudentes en tal apuro: al principio se enfurecen y lanzan grandes aullidos; pero cuando al día siguiente por la mañana ven venir de léjos al cazador montado en su caballo, se acurrucan en un rincón de la zanja, fingiendo estar muertos. No efectúan el menor movimiento, aun cuando se les echen guijarros, tierra, etc., y solamente cuando se comienza á darles con el palo guarnecido de correas (*arkan*) de que se sirven los cazadores para sacar á los caballos de las yegüadas, renuevan otra vez los mordiscos y los aullidos.

En los países muy poblados se acusa á este animal por todas partes: apenas se descubre una pista, es la señal para que se armen en somaten distritos enteros.

Las crónicas suizas refieren que cuando se levantaba antes uno de estos carniceros, dábase la alarma, y todos los habitantes marchaban á perseguirle, hasta que se le mataba ó desaparecía de los alrededores. Todo hombre capaz de llevar armas debía tomar parte en esta cacería.

En los grandes bosques de Polonia, del gran ducado de Posen, de la Prusia oriental y de la Lituania, se han abierto veredas para la caza de dichos carniceros á fin de que aquellos queden divididos en varios cuadros. Si se levanta un lobo en uno de estos, los tres lados que están al viento se ocupan por los cazadores, mientras que los ojeadores se sitúan en el

cuarto. Al primer ruido aparece el lobo por lo general en la línea de los primeros y pasa deslizándose como un zorro con la rapidez de la flecha; pero ya están todos dispuestos á recibirle. Unicamente los mas hábiles tiradores cazan el lobo con bala; los otros emplean unos perdigones gruesos, conocidos en Noruega con el nombre de *perdigon zorrero*, proyectil que basta para matar á este animal si se le da bien.

Presencé en Croacia una cacería del lobo, la cual, á decir verdad, fué mas grandiosa por el espectáculo que por los resultados obtenidos. Convocáronse los hombres de varios pueblos en una aldea no léjos del bosque donde se iba á dar la batida; de todas partes acudieron ojeadores, entre los cuales se encontraban los célebres tiradores de Agram; y guiados por un guarda-bosque, avanzaron en dirección á la selva donde estaban los lobos escondidos. Formóse desde luego en medio del bosque una línea de cerca media legua de circunferencia, no de otro modo que si se hubiera intentado cazar el zorro; pero no se guardó, ni en esta, ni en las demás operaciones que siguieron, el silencio indispensable, á pesar de las órdenes que se habian dado en contra; algunos de los cazadores encendieron fogatas en el bosque; los aldeanos no cesaban de trasladarse de uno á otro punto al rededor de la línea formada por los tiradores, y se oían sin cesar los golpes de hacha de los que cortaban leña en el interior de la selva. Tres descargas dieron la señal de que iba á comenzar la batida: permanecimos largo rato silenciosos y sin hacer el menor movimiento, como es propio de cazadores experimentados cuando todavía no han descubierto la caza. Oyóse al principio un ruido sordo, el cual fué creciendo gradualmente hasta

hacerse completamente perceptible, y levantóse luego un estruendo tal de gritos, aullidos, silbidos y golpes de tambores, que habia realmente para aturdirse. Los acompasados golpes de tambor, los cuales teme el lobo mucho mas que la gritería, daban extraordinaria animacion y encanto al espectáculo, de modo que mas bien que una cacería parecíase aquello al acto de asaltar una fortaleza. Vi despues aparecer un mirlo todo azorado; oí luego las pisadas de un animal que parecia acercarse para acometerme; pero despues se me presentó el zorro; el lobo habia retrocedido para caer mas tarde bajo el tiro de un cazador que le dejó muerto al instante. Otros tres lobos que habia en el bosque, lograron romper la línea de los tiradores, los cuales volvieron á la aldea, llevando en triunfo el lobo que habian matado, sujetas las patas con mimbres y colgado del extremo de un palo.

Este procedimiento recuerda la manera que tienen de cazar el lobo los cosacos y los tártaros en las estepas de Rusia.

Para ellos, segun dice Hamm, que ha recorrido varias veces las inmensas llanuras de aquel país, la escopeta no es mas que un accesorio, pues persiguen á caballo al lobo que han levantado hasta acorralarle. Despues de correr algunas horas, el animal queda rendido y sin fuerzas; se cae, se levanta, da algunos saltos vacilantes, salva una corta distancia, y al fin se echa y se resigna.

Infunde verdaderamente pavor ver á un lobo rendido de esta manera: su lengua, cubierta de espuma, le sale media cuarta fuera de la boca; su pelo se eriza, exhalando un olor insoportable; y con las patas posteriores encogidas, hace frente á los cazadores. Pero estos se apean al momento, sin temer ya nada del lobo, le rematan de una vez, ó bien le dan á morder un pedazo de trapo ó un sombrero viejo, le cogen de la nuca y se lo llevan arrastrando.

Kohl refiere tambien que los guardianes de las yegüadas despliegan una rara destreza en la caza de lobos. Su única

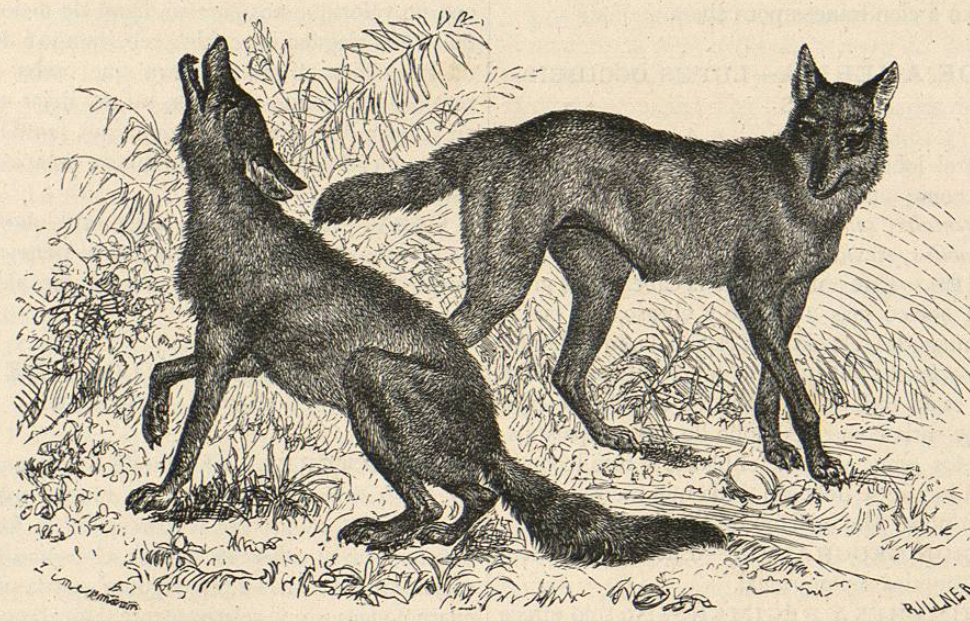


Fig. 171.—EL LOBO DE EGIPTO

arma consiste en un palo provisto de una punta de hierro; pero lo arrojan con tal acierto, mientras el caballo franquea el espacio á galope tendido, que nunca dejan de tocar al lobo, hiriéndole gravemente.

Los lapones tienen un método especial de cazar el lobo: este animal, segun hemos dicho antes, es la gran calamidad de aquellos naturales, y hasta podria decirse su único enemigo, pues ningun otro sér les causa tantas pérdidas. En verano, y aun en el invierno, se hallan los rengíferos expuestos á las acometidas de este carnicero, del cual no pueden apenas defenderse; y aunque los lapones tienen escopetas que saben manejar perfectamente, apelan á otro medio mas eficaz para destruir á sus enemigos. Cuando cae la primera nieve, y antes que se haya formado una gruesa capa de hielo, organizan los hombres su cacería: van provistos de un palo largo en cuyo extremo fijan un cuchillo muy fuerte, de modo que forman una especie de lanza, poniéndose luego unos patines con los que corren rápidamente. El lobo, por el contrario, se hunde en la nieve hasta el pecho; se fatiga muy pronto; y el cazador, ganando siempre terreno sobre él, le persigue hasta una llanura descubierta, le alcanza y le atraviesa de parte á parte con su arma. La mayor parte de las pieles de lobo que los noruegos llevan al comercio, han sido obtenidas en Laponia de este modo.

En el Jura, y especialmente en Vallorbes, dice Tschudi, se halla organizada regularmente la caza del lobo, y corresponde á una sociedad particular que tiene sus dignatarios, sus leyes y sus jurisdicciones. El jefe distribuye sus hombres en dos grupos: los unos, armados de escopetas, se sitúan inmóviles en puntos designados, y los otros, provistos de palos á propósito, baten el bosque y acosan al lobo. Cuando se le ha dado muerte, el toque de seis trompetas anuncia la victoria; la piel del animal sirve para pagar los gastos de una comida en la posada; y á los que no han querido someterse á las órdenes del jefe, se les condena á beber agua sola, cargándoles de cadenas de paja. Como no se puede ser socio de este club hasta despues de asistir á tres cacerías felices, los padres tienen la costumbre de llevar en brazos á sus niños.

USOS Y PRODUCTOS.—Si alguna utilidad tiene el lobo para nosotros, consiste en la adquisicion de su piel de invierno, que constituye un buen abrigo. Las mas hermosas proceden de Suecia, de Rusia, de Polonia y de Francia, y valen aun de veinte á treinta francos, lo cual supone un bonito beneficio para el cazador, sobre todo si se agrega el producto de la prima que conceden todos los gobiernos por cada lobo, sea cual fuere la manera de matarlos. En Noruega, por ejemplo, la prima es casi igual al valor de la piel.